

BIBLIOGRAFIA

MASSINI, Carlos Ignacio, *El renacer de las ideologías*, Idearium Mendoza 1984, 126 págs.

Un consciente estudio realiza el profesor Massini sobre las ideologías, intentando aprehender sus notas esenciales y denunciando la permanente tentación humana de «absolutizar lo limitado» para «determinar lo indeterminable», es decir, para reducir el saber práctico propio del quehacer político a los estrechos límites de un cienticismo positivista. El autor conoce profundamente el tema, y nos presenta un aparato bibliográfico selecto y riguroso. Con ello logra, de sobra, el objetivo que se traza en la introducción, ofreciendo al lector una sistematización original del problema, que analiza desde múltiples puntos de vista —no siempre atendidos en su conjunto— de tal modo que facilita la comprensión del fenómeno, y brinda un abundante material para la reflexión. De hecho, el profesor de Mendoza (Argentina) no es un neófito en el problema ideológico: ya con anterioridad había publicado sendos trabajos referidos a la cuestión («Neoliberalismo e ideología», Ed. Idearium, 1982, y «Filosofía e ideología de los grupos sociales infrapolíticos», *El Derecho*, t. 101, 1982). Con esta obra da, así, un nuevo paso hacia el esclarecimiento gnoseológico de los fundamentos de «una acción política 'verdadera' y eficaz».

Con notable realismo, el autor manifiesta su desacuerdo con una pretendida «muerte» de las ideologías. Por el contrario —y de ahí el título del ensayo—, advierte que la mentalidad ideológica en cuanto

tal encuentra un campo fértil en las actuales circunstancias socio-culturales y políticas. En cuanto a la estructura de la obra, es equilibrada: luego de analizar la semántica y la fenomenología de las ideologías, supera agudos trabajos como los similares de Aron y Reboul, al detenerse en un acertado estudio genético y proponer una noción neta, con características que distinguen al fenómeno ideológico de otras formas de pensamiento como el gnosticismo y la utopía. Hay que destacar, en este sentido, la gran economía conceptual del profesor Massini: su dominio del tema le permite exponerlo con claridad y sencillez, sin sacrificar por ello la necesaria ponderación. Luego de repasar las diversas acepciones del término y sus relaciones con monismos, maniqueísmos o milenarismos, el autor vertebró mucho más que un mero «status quaestionis» del asunto al añadir una crítica y una contrapropuesta vigorosas. El trabajo se inscribe, sin duda, en la corriente rehabilitadora de la filosofía práctica, que viene sentando las bases para una correcta valoración de la razón técnica integrada en marcos prudenciales. Se trata, en definitiva, de una llamada a la sensatez, proponiendo metas menos grandiosas que las exaltaciones proféticas, las promesas apocalípticas o las esperanzas cuasi-escatológicas, pero realmente asequibles por su posibilidad fáctica.

CARLOS RODOLFO MARTÍNEZ

NUBIOLA, J., *El compromiso esencialista en la lógica modal*. Un

BIBLIOGRAFIA

estudio en Quine y Kripke, Euna, Pamplona, 1984, 350 págs.

La presente monografía pretende aportar una valoración y un marco de referencia en el que situar las intrincadas relaciones que hoy día presenta el análisis filosófico con respecto a la metafísica. Con este fin el A. analiza un amplio movimiento de filosofía actual integrado por Hintikka, Plantinga, Prior, Searle, Putnam, Rescher, Dummett, Strawson, o Angelelli, que han vuelto sobre la filosofía de las matemáticas y del lenguaje de Frege, Bertrand Russell o Stuart Mill. Para así mostrar el lugar tan central que para la solución de este problema ocupa la lógica modal de la necesidad y la posibilidad, por cuanto pone de manifiesto los compromisos ontológicos que todavía siguen pesando sobre el análisis del lenguaje, cuando se adopta una postura nominalista, platónica o simplemente realista moderada.

A este respecto el A. opina que fue definitivo para el futuro desarrollo del análisis del lenguaje la investigación llevada a cabo por Clarence I. Lewis en los años veinte, cuando localizó las divergencias que existían entre el lenguaje formal y el habla cotidiana, por el distinto uso que en ellas se hace de la implicación, o buena consecuencia lógica. Pues de igual modo que la lógica clásica tuvo que distinguir entre la *consequentia materialis* y *formalis*, también ahora se tuvo que reconocer como en la lógica matemática solo se utiliza una *implicación material* o *filnica*, mientras que en el lenguaje cotidiano se le da un sentido *fírmal*, en el fondo mucho más *estricto*.

El análisis del habla cotidiana, siempre fue acompañado de un desarrollo en paralelo de la lógica modal y de sus respectivos operadores lógicos, que se fueron imponiendo a pesar de las fuertes críticas de que fueron objeto por parte de los seguidores de la lógica matemática, especialmente Bertrand Russell y Quine. Por ello el A. en un primer momento, en la *pars destruens*, expone con detenimiento las objeciones que Quine formuló a la lógica modal, y como esta crítica le llevó a rechazar cualquier compromiso esencialista con la metafísica clásica. Por el contrario, en un segundo momento, en la *pars aedificans*, se muestra como Kripke utilizó esta misma crítica para poner de manifiesto los presupuestos metafísicos que siempre estarán sobreentendidos en cualquier semántica modal, y justificar así como el propio análisis lingüístico de los nombres propios y comunes, solo se puede explicar si se admite una teoría causal acerca de su origen, similar a la propuesta por Stuart Mill, aunque con una intencionalidad muy distinta (cf. p. 15 y ss.).

De este modo el desarrollo de la lógica modal en un primer momento de su historia supuso un enfrentamiento entre dos posturas claramente diferenciadas:

De todos modos los descriptivistas y en concreto Quine, siempre se opusieron al logicismo y a la lógica modal de los seguidores de Frege, aunque a su vez se pueden distinguir tres épocas netamente diferenciadas. En una primera época alrededor de 1943, en sus «Notas sobre la existencia y la necesidad» y en «El sentido de la nueva lógica», Quine adoptó una postura

BIBLIOGRAFIA

de relativa tolerancia con la lógica modal, siempre que la existencia se interprete como mera existencia lógica y la necesidad se reduzca a una simple necesidad analítica. Pues tomada en segunda intención y con una modalidad «de dicto» este tipo de necesidad se suele atribuir a las relaciones meramente lógicas que los entes de razón mantienen consigo mismos, y que de algún modo se extienden a los nombres propios en cuanto son descripciones abreviadas cuya formulación requiere la mediación de esas relaciones meramente analíticas (cf. 36-63 pp.).

Pero en una época posterior, al rededor de 1953, en «Los dos dogmas del empirismo» y en «Los tres niveles de tratamiento de la modalidad», Quine además de enfrentarse a Church y Barcan, también tuvo que rebatir la postura fregeana de Carnap en su segunda época, cuando inició una semántica constructiva, que dio entrada al principio de tolerancia en la verificación, y que se fundamentó a su vez en una lógica modal comprometida con una ontología intencional platónica. Ahora Quine reformuló sus argumentos en contra de la modalidad, insistiendo en los contextos opacos en los que se usan los nombres propios y comunes, y en la conexión inevitable que siempre se establece entre la lógica modal y la necesidad metafísica «de re» que es característica del esencialismo aristotélico. Finalmente en su última época, alrededor de 1960 hasta hoy, principalmente en su obra *Palabra y objeto*, rechaza incluso la lógica modal precuantificada que había tolerado en épocas anteriores, pues piensa que incluso este tipo de lógica modal se acaba comprometien-

do con el esencialismo aristotélico y no tiene más remedio que admitir la paradójica distinción entre propiedades esenciales y accidentales (cf. 63-151 pp.).

De este modo, sin argumentos de auténtico peso y por la simple posibilidad de recaer en un esencialismo no deseado, Quine rechaza la lógica modal cuantificada y no cuantificada, y se reafirmará en su inicial posición que reduce las leyes científicas a simples regularidades humanas. La lógica modal queda así escindida por una rígida navaja de Ockham, en la que solo caben dos posibilidades; las verdades necesarias por sí mismas, si son demostrables de un modo analítico «a priori», y las contingentes o posibles, si la lógica extensional las demuestra como sintéticas «a posteriori».

Pero en un segundo momento de su investigación, en «La interpretación semántica de la lógica modal», Nubiola analiza el resaca imparable de recuperación y desarrollo llevado a cabo por la lógica modal, y como trajo consigo una recuperación de la metafísica y una vuelta del rechazado esencialismo aristotélico. Nubiola comprueba así como tanto Kripke como Putnam aplicaron a la lógica modal una noción de modelo, que permitió recuperar la lógica modal y la implicación formal de Lewis, para analizar así la estructura interna esencial de los mundos posibles. A este respecto en sus tres obras más importantes, «Consideraciones semánticas sobre la lógica modal» de 1971, y en «Designación y necesidad» e «Identidad y necesidad» de 1970 respectivamente, Kripke inició una *semántica formal pura*, o una *ingeniería me-*

BIBLIOGRAFIA

tafísica, como la denominó Plan-tinga, en la que se trató de mate-matizar la metateoría que siempre está sobreentendida tras la utiliza-ción por parte de la lógica modal de los mundos posibles de Leibniz (cf. p. 158).

En la función específica que cumplen los nombres propios res-pecto a la fijación de la referencia en los distintos mundos posibles da lugar a las distintas interpreta-ciones semánticas que pueden darse de la lógica modal, y que se aña-den a las dos dichas anteriormente:

c) *La teoría causal de los nom-bres propios* de Stuart Mill, gene-ralizada posteriormente por Kripke y Putnam a los nombres comunes.

d) *La teoría ultrarrealista, o realista extrema de los mundos po-sibles* formulada por David Lewis en 1968 en su obra *Counterfactual*, en la que se critican los intentos de Kripke por localizar una identi-dad *trans-mundial* de los referentes individuales a través de los distin-tos mundos posibles y de sus res-pectivas situaciones *contrafácticas*.

Precisamente este punto de con-traste con otras teorías acerca de la modalidad y los mundos posibles, permite alcanzar una valoración muy positiva de las aportaciones alcanzadas por la lógica de la moda-lidad de Kripke y Putnam.

En este sentido el uso de los nombres propios como designado-res rígidos constituye para Nubiola un caso paradigmático que permite recuperar la distinción básica que siempre se debe establecer entre la necesidad metafísica y la simple-mente epistemológica. Pues por una parte, la necesidad metafísica «de re» permite fijar la referencia de los nombres propios y comunes,

hasta el punto que se puede hablar de un nuevo camino para alcanzar un descubrimiento empírico de la esencia. Pero, por otra parte, la necesidad epistemológica «de dicto» permite dar a los nombres un sig-nificado añadido, que nunca se pue-de justificar mediante una deduc-ción transcendental tipo kantiano, sería un pseudoproblema, y solo se puede justificar mediante una *teo-ría del origen causal de los nom-bres*, es decir, mediante el uso repe-titivo de una convención a partir de una determinada tradición (cf. 178 y 298 pp.).

Precisamente esta última reflexi-ón epistemológica acerca de las li-mitaciones inherentes a toda posi-ble deducción «a priori» de las condiciones subjetivas de objetiva-ción del conocimiento, muestra el transfondo gnoseológico y los com-promisos ontológicos desde los que Kripke propone su nueva *semántica formal pura* acerca de la lógica modal y de sus respectivos mundos po-tenciales posibles. Como reiterada-mente advierte Nubiola, la teoría del origen causal de los nombres no conduce en este caso a una in-terpretación *behaviorista* del len-guaje como ocurrió en Stuart Mill, ni tampoco introduce un concepto lockiano de sustancia como per-choero de propiedades, como ya fue criticado a esta teoría por B. Rus-sell (cf. p. 296). De igual modo que su teoría de los designadores rígidos tampoco conduce a un olvido del carácter contingente de los enun-ciados de identidad, que dieron a su vez origen a aquellos nombres o etiquetas, como le reprochan los descripcionistas seguidores de Fre-ge y especialmente Dummett (cf. 235 pp.). Ni tampoco utiliza su

BIBLIOGRAFIA

semántica formal pura, para iniciar una *semántica transcendental* del lenguaje, que tome como punto de partida una ontología de los mundos posibles, como propone D. Lewis, o una simple reflexión acerca de los distintos sentidos que los analíticos atribuyen al ser, como propone Tugendhat, pues como acabamos de ver Kripke rechaza cualquier intento de iniciar una nueva deducción transcendental «a priori», que tome como punto de partida su propia semántica formal de la lógica modal y de los mundos posibles (cf. 39 y 169 pp.). Por el contrario, él mismo reconoce cómo su noción de necesidad metafísica, exige una prueba *intuicionista*, que se fundamenta en un *realismo prefilosófico*, que toma como punto de partida el carácter irreductible que tiene lo necesario, respecto a lo analítico y lo apriórico, y que le lleva a afirmar un descubrimiento empírico de la esencia, en base a la distinción inmediata que siempre habrá que establecer entre las propiedades esenciales y accidentales (cf. 313-315 pp.). Por ello, como acertadamente ha expresado Wiggins desde un *realismo conceptualista* muy cercano a Kripke y Putnam, este *realismo intuicionista prefilosófico* solo puede ser correctamente interpretado, si previamente se dilucidan con la mayor nitidez posible las nociones lógicas básicas de identidad, necesidad y existencia (cf. 183 y 295 pp.).

En conclusión, se puede decir que Nubiola ha llevado a cabo una empresa que todavía faltaba por realizar a la ya mencionada tesis de la *transformación semiótica de la*

filosofía. Proponer un modelo concreto mediante el cual se puedan recuperar los conceptos básicos de la filosofía a través de un análisis riguroso y metódico del propio lenguaje cotidiano. Evidentemente el proyecto es ambicioso y el propio A. reconoce como el puente que lleva a las cosas mismas ha sido localizado, pero que todavía no ha sido recorrido (cf. 316 pp.). En cualquier caso lo cierto es que ya no nos encontramos ante una repetición del mal planteado problema cartesiano del puente entre las distintas sustancias pensante y extensa, pues en virtud de este análisis de los mundos posibles que se ha propuesto desde la lógica modal, no sólo se ha alcanzado un nuevo descubrimiento empírico de la esencia, como ahora propone Kripke, sino que también se ha conseguido una nueva vía de acceso a los conceptos básicos de la metafísica, entendida como una nueva filosofía primera, es decir, como una ciencia del ente en cuanto ente, y de todas las propiedades que de un modo necesario le acompañan. Aunque es posible que este último punto de vista exija un desarrollo más pormenorizado de la lógica de la *reduplicación* de las propiedades entitativas de los seres a través de los distintos mundos posibles, al modo como fue sugerido por Angenelli en esta misma revista en el I Simposium de Historia de la lógica de 1983.

CARLOS O. DE LANDÁZURI

RODRÍGUEZ HUÉSCAR, Antonio,
Perspectiva y Verdad, Alianza